

Un espléndido "Baile de máscaras"

Todo el Verdi de la primera época está presente en "Un Ballo in Maschera", que data de 1859 (su decir, posterior a la trilogía Rigoleto - Traviata - Trovador, y anterior a "La Forza"). A lo largo de su partitura es reconocible el mismo clima de tensión romántica y de línea melódica de las grandes obras de juventud verdiana; y aquí y allá --final del segundo acto, gran aria de la soprano a comienzos del tercero-- son evidentes las aproximaciones a la madurez del periodo de "Aida". Y en este equilibrio de transición, en esta fuerza expansiva y objetivadora de la música del gran maestro, se cifra el interés estructural del "Ballo". Obra de nuevas experiencias, de síntesis de dos mundos --uno, finísimo, de melodía cálida y sostenida, en el que Verdi potencia las calidades de cada voz, como él sabe hacerlo, virto, lóbrego y duro hasta la brutalidad y hasta el sarcasmo, del reflejo de todos los convencionalismos de una época.

Flavio escribió el "libretto" del Ballo sobre un drama de Scribe que fue reformado por imposición de la censura berlinesco-austríaca: la acción que originalmente se desarrollaba en la corte sueca (y era protagonista el rey Gustavo III) pasó a Boston, con personajes que, por lejanos, parecían más anónimos; estúpida inmensa de aquella censura que hizo y molestó a Verdi. Pero no impidió que fluyera esta música corposa, potente, llena de pompa y efectismo. Todos los elementos habituales en la "gran ópera" --vires de las que se exige el máximo rendimiento, coros tratados con esplendor trinidad, orquesta en continuo asalto a la escena-- están aquí: Verdi los trata aún con esa fuerza juvenil, heroica de su primera época. Pero en la nueva partitura asoma ya una maestría diversa --y si se quiere, una "madurez" experimentada que deja abierta el camino a nuevos experimentos.

"El Baile de Máscaras" exige voces sólidas, resistentes, bien probadas. Un terceto fundamantal--soprano, tenor, barítono-- que Verdi trata, a su manera habitual, haciendo rendir el máximo a cada voz, con un equilibrio dramático y musical que hace inconfundible, sus partituras. Un terceto de tales características es el que vimos ayer en el Teatro Colón.

Nora López--que sufrió los efectos de una fuerte gripe, de manera que llegó a temer que no pudiera cantar--demostró ser una soprano dramática de alto nivel. Voz poderosa, excelente escuela de canto, color muy igual, sumo equilibrio en el peso de las notas graves--gravísimas a veces, de impresionante calidad--a las medias y a las más altas. Ya su primera escena, "Segunda, acorrala" produjo la impresión de alta calidad y potencia. Y el recitativo "Ecco l'urida campo" y la gran aria que sigue, difícil en el repertorio verdiano, fueron otra lección en la que demostró sus amplísimas posibilidades. Lo mismo se dijo del dúo central, de la bellísima "Morro, una prima in grado", cantada además con un hondo sentimiento y de su intervención en el terceto de la venganza y en la escena final. Además de su gran calidad en los diversos registros de su voz dramática, de su agudo potencial, de sus buenos filados, aplaudimos ayer en Nora López su honrada entrega: su estado de salud, que impidió a los "Amigos de la Ópera" durante toda el día no le impidió, al fin, cantar una Amelia verdaderamente ajemplar y bella.

He hablado de terceto y no porque sirva la presencia de ese papel tremendo --pero episódico en la ópera-- que es el de la maga Ulrica, Iosif Rivasdzenya hizo un verdadero alarde de facultades y de dominio de su parte. Toda la pasión siniestra que hay en los compases del "Re dell'abisso", del



La gran soprano chilena Nora López, que ayer cantó la ópera "Un ballo in maschera"

"E lui" y de toda la escena, fueron servidos por una espléndida voz de graves impresionantes y de agudos valientes y bien sostenidos por nuestra gran mezzosoprano. Una gratísima sorpresa su Ulrica para quien sabe lo difícilísimo que es cantarla adecuadamente.

Angelo Meri confirmó y superó la buena impresión que hiciera en "Bohème". Voz de timbre bellísimo, de clara dirección, de elegante escuela y de agudos llenos de valentía y luminosidad. Desde el "La rivedrà nell'estasi" al fin del acto segundo, al "Non sal tu", al "Ma se m'è forza perdersi". Meri mostró sus magníficas cualidades de tenor lírico --no muy extensa su voz, pero sí bella y firmísima en el registro más alto, a pesar de la fatiga que delató hacia el final, pero que no le impidió bordar materialmente la última escena.

Manuel Amsani, del que tan excelentes actuaciones recordamos, se superó a sí mismo en un Renato apuesto, de excelente escuela y magnífica voz, algo oscura en el centro, pero impresionante en lo alto, en la fuerza de expresión, en el buen fraseo y en la mejor escuela. Cantó de manera ejemplar "Alta vita che farrida", el terceto del segundo acto y el de la Venganza, pero la mayor ovación la mereció con el "Non sal tu", aria preciosa en la que el gran barítono que hay en Amsani puso la mejor de su voz y de su arte. Gracioso y con momentos acertados el Paje de Ana María Gasparini (cuyas facultades también pasaban por un momento difícil). Muy buenos Giombi y Lucardi.

El "Eco" tuvo instantes de gran lucimiento y los aprovechó con creces. El concertante con que anaba la segunda escena fue espléndidamente cantado y se superó más aún en la preciosa intervención del final de la ópera, dicha con arte y finísima musicalidad: un aplauso fervoroso a ese grupo de jóvenes voces, bien guiadas por el maestro Jesús González.

Buena la orquesta --a pesar de una entrada no muy acertada, único lunar en una versión excelente y que uno de los espectadores trató de subrayar con una intervención en modo alguno ju-

ta, aunque tampoco fuera correcta la réplica del director; excelente el preludio del tercer acto; magníficas las intervenciones solistas: flautas en el "O dolcezze", pizzicato de cuerdas con arpa en el "Dunque L'ontia", violines en el "Tu m'odi ancor" y, por supuesto, los preciosos celos del "Morro". Subrayó estos momentos, y no son los únicos, porque sé el valor que tienen y sé, sinceramente, versiones bellísimas de cada uno. En desacuerdo con el sibfador del público, mi aplauso a la orquesta y a su director.

De escena, lo mejor de la temporada hasta ahora. Subraya la de Ulrica, logradísima, la del segundo acto, muy sobria, y la final, bien lograda. Augusto Cardil se lució en actuación difícil.

Público, como de costumbre, no muy eficiente --a pesar de la calidad del conjunto y de los detalles que, por lo visto, no apreció. Tal vez desconocimiento de la ópera. Tal vez postura elegante. Hasta eso es posible.

F. J. ALCANTARA.